Rudolf Steiner

EL MISTERIO DE LOS TEMPERAMENTOS

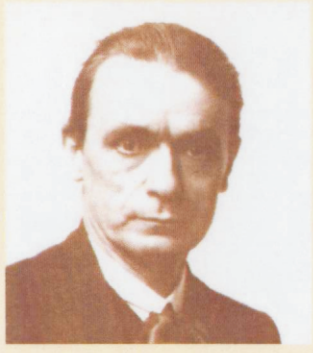
armonía y equilibrio



Flemático Melancólico

Sanguíneo Colérico

ANTROPOSOFICA



¿Quién es Rudolf Steiner?

Cuando se incursiona con necesidad de acercarse al saber, al conocimiento, se presenta frente al que busca una gran paleta de personalidades, de pensadores, de investigadores forjadores de la cultura actual, ya sea esta materialista, utópica, idealista...

Rudolf Steiner a principios del siglo XX recorrió el centro de Europa dando en conferencias todo aquello que podía transmitir a su época un avance, un aspecto universal sobre el saber de aquel entonces y de los tiempos.

Se preguntó a sí mismo: ¿Debo callar con relación al conocimiento de la existencia del mundo espiritual? ¿Debo callar aquello que conozco por experiencia, que sé real y existente y que está en todo lo creado?

Hoy aquel que descubre a este pensador, filósofo y maestro, lo define: Rudolf Steiner, el que enseña y el que aprende, en relación a su conocimiento pedagógico-práctico.

Respecto al saber, al conocimiento, Rudolf Steiner es el iniciado cristiano que revela en nuestro tiempo el alma consciente y su relación con Cristo.

RUDOLF STEINER

El Misterio de los Temperamentos

Texto compuesto por Englert - Faye
de citas textuales de
diferentes conferencias de Rudolf Steiner

TÍTULO ORIGINAL EN ALEMÁN: Das Geiheimnis das Menslichen Temperamente

Recopilación: C. Englert-Faye
Traducido por: Paula Eppenstein

I.S.B.N. 950-99043-0-9

© Reservados todos los derechos a favor de
Editorial Antroposófica

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Editorial Antroposófica
El Indio 1837
(1607) Villa Adelina
Buenos Aires, Argentina
Tel/Fax 4710-4598
E-mail: info@antroposofica.com.ar
www.antroposofica.com.ar

EL MISTERIO DE LOS TEMPERAMENTOS

"Cuando se trata de dominar la vida, tenemos que poner un oído atento a sus misterios, que se encuentran detrás del mundo sensible"

Una idea, muy difundida y justificada en todos los campos de la vida espiritual humana, es la que ve al hombre como el enigma máximo de la vida física. Y podemos decir que una gran parte de nuestra actividad científica está dedicada a resolver este enigma del hombre y a conocer mejor en qué consiste la ciencia de la naturaleza humana.

La ciencia natural y la ciencia espiritual procuran resolver, desde diferentes enfoques, el gran enigma encerrado en la palabra hombre. En principio, todas las investigaciones serias de las ciencias naturales quieren lograr su objetivo reuniendo todos los procesos naturales, para comprender las leyes físicas. La ciencia espiritual, en cambio, busca las fuentes de la existencia para comprender y resolver el enigma de la entidad humana y su designio. Si bien es exacto que

en general el enigma máximo del hombre es el hombre mismo, se puede decir también que, frente a la vida, este pensamiento se puede profundizar, ya que además sentimos que cada persona que encontramos presenta para nosotros y para sí mismo un enigma debido a su naturaleza y entidad particular. Hablando del enigma del hombre, se suele pensar en él en forma general y no como ser individual. Y en verdad si queremos conocerlo según su ser y naturaleza, se nos presentarán muchos trabajos de investigación. Pero hoy no nos ocuparemos de los enigmas generales de la existencia, sino del enigma, no menos importante para la vida, que nos presenta cada hombre que encontramos; pues ¡cuán infinitamente distintos son los hombres en lo más profundo, en lo más íntimo de sus almas!

Cuando miramos la vida humana, debemos poner atención especial en el enigma individual de cada hombre, puesto que toda la vida social, nuestro comportamiento de hombre a hombre, dependerá de cómo nos relacionamos con el enigma particular que es el hombre. Esto no se soluciona racionalmente, sino más bien con los sentimientos que experimentamos frente a las personas que nos rodean. ¡Cuán difícil es entender los distintos aspectos que nos ofrece la naturaleza de cada ser humano y cuánto depende en la vida de la clara comprensión de las personas con las que entramos en contacto! Sólo poco a poco nos podemos acercar a la solución de los enigmas humanos totalmente individuales que presente cada persona

por sí misma, porque hay un gran espacio entre lo que conocemos como naturaleza general humana, y lo que vive en cada uno individualmente.

La ciencia espiritual, o, como se acostumbra a decir ahora, la Antroposofía, tendrá una finalidad especial respecto a este enigma. No sólo debe informarnos sobre lo que es el hombre en general, sino que a su vez deberá ser un conocimiento que se introducirá en nuestra inmediata vida cotidiana, en todas nuestras sensaciones y sentimientos. Cómo estos tienen su más bella expresión en el comportamiento con nuestros semejantes, el fruto de la ciencia espiritual del conocimiento científico espiritual, se mostrará también de la manera más bella en la forma en que, gracias a este conocimiento, podamos percibir a nuestros semejantes.

Cuando encontremos a alguien, siempre debemos tener en cuenta que, en el sentido de la ciencia espiritual o Antroposofía, lo que percibimos del hombre por su aspecto exterior sólo es una parte, un miembro de la entidad humana. Una observación superficial, material del hombre, nos lleva a creer que la percepción externa y la razón, unida con esa observación superficial nos pueden instruir sobre el hombre cabal. La ciencia espiritual nos muestra en cambio que la entidad humana es algo muy complicado, pero si tratamos de entender esta naturaleza humana tan compleja, podremos llegar a ver al hombre individual bajo su verdadera luz. La ciencia espiritual ha de enseñarnos el núcleo íntimo del hombre del cual lo

que ven nuestros ojos y tocan nuestras manos es sólo la expresión externa, la envoltura externa, y cabe esperar que también comprenderemos la parte externa, si nos podemos acercar al ser espiritual interior.

Veremos entonces que en el gran espacio que media entre lo que se llama naturaleza humana en general y lo que percibimos en cada persona particular, existe algo que es igual para grupos humanos enteros. A esta igualdad pertenecen las cualidades de la entidad humana que formarán el tema de nuestro estudio y que suelen llamarse temperamentos del hombre.

Basta decir temperamento, para ver que existen tantos enigmas como hombres. Dentro de los tipos básicos, de los matices específicos, existe .tal variedad y tal diferencia de individuo a individuo, que bien podemos decir que, en ese peculiar temple básico de la entidad humana llamada temperamento, se expresa el verdadero enigma de la existencia. Y allí donde los enigmas intervienen en la praxis inmediata de la vida, juega un papel, el matiz básico de la naturaleza humana. Al acercársenos una persona sentimos también que se acerca a nosotros algo de ese temple básico. Debido a ello cabe esperar que la ciencia espiritual nos pueda facilitar información sobre la esencia de los temperamentos, pues aunque debamos admitir que ellos surgen del interior humano, se expresan en todo lo que aparece exteriormente en el hombre. Sin embargo, el enigma humano no se revela por la observación exterior de la naturaleza. Sólo la ciencia

espiritual puede proyectar luz sobre aquel colorido particular de la naturaleza humana.

Si bien es cierto que cada persona despliega su propio temperamento, podemos distinguir, no obstante, determinados grupos de ellos. Hablamos esencialmente de cuatro temperamentos humanos: el sanguíneo, el colérico, el flemático y el melancólico. Dividiremos los seres humanos según estos cuatro grupos, aunque con ello no se acierte a definir exactamente en el caso particular del ser individual del hombre. Los temperamentos se mezclan de maneras muy variadas en cada ser humano, pero podemos observar que uno predomina siempre, lo que justifica la división en cuatro grupos.

Por un lado el temperamento humano es muy individual, y distingue a un hombre del otro, mientras que por el otro une a los hombres en grupos. Esto nos indica que el temperamento debe de ser algo relacionado con el núcleo más íntimo del ser humano, y al mismo tiempo con la naturaleza humana en general; de manera que el temperamento nos ofrece dos aspectos. Si queremos descifrar el misterio tenemos que preguntarnos en primer lugar: ¿Cómo es que el temperamento habla de la naturaleza humana en general? Y en segundo lugar preguntaremos: ¿Cómo se refiere el núcleo íntimo del ser humano, a su verdadero ser interior? Si hacemos estas preguntas parece evidente que la ciencia espiritual está llamada a responder, ya que debe conducirnos al núcleo íntimo del ser humano. Tal como se nos presenta el hombre en la

tierra pertenece al género humano en general, pero por otro lado es un ser individual.

En el sentido de la ciencia espiritual, el hombre está dentro de dos corrientes de la vida, que se unen cuando él entra en la existencia terrenal. Y con esto ya nos hallamos en medio de la observación científica espiritual de la naturaleza humana. Esto nos enseña que algo en el hombre lo coloca en una línea hereditaria. Es una de las corrientes que nos conducen desde el ser particular hacia los padres, abuelos, es decir, hacia todos sus antepasados.

El hombre tiene características heredadas del padre, madre, abuelos, bisabuelos, etc. Las cuales se transmiten a sus herederos. Lo que fluye así desde sus antepasados hacia él como ser individual se designa en la vida, y en la ciencia como cualidades y rasgos característicos heredados. De esta manera, el hombre entra en lo que se puede llamar la línea hereditaria, y sabemos que guarda hasta en el núcleo más íntimo de su ser cualidades que se derivan de la herencia. Podemos comprender mucho acerca del hombre si conocemos sus antepasados. Cuán ciertas son las palabras de Goethe, ese profundo conocedor 'del alma, con referencia a sí mismo.

Del padre tengo la figura,
la conducta seria de la vida;
de mi madre, alegría,
el placer de la fantasía.

Vemos que ese gran experto en el tema humano habla también de las peculiaridades morales cuando quiere caracterizar las cualidades heredadas. Todo lo que proviene de los antepasados y llega a sus descendientes nos explica en cierto modo el ser individual del hombre, pero efectivamente, sólo en cierto modo. Lo heredado de sus padres nos ofrece sólo una faz de la entidad humana.

La concepción materialista quiere encontrar lo posible y lo imposible del hombre en la línea de la herencia, incluso la entidad espiritual humana, y no se cansa de explicar que incluso las cualidades geniales son comprensibles si encontramos señales y rastros de aquellas cualidades en uno de sus antepasados. Basta sumar lo esparcido en los antepasados y tendremos la personalidad humana.

Quien penetre de modo más profundo en la naturaleza humana, descubrirá que, además de las particularidades heredadas, hay algo en cada persona que nos obliga a admitir: esto es estrictamente personal. Ningún análisis, por más severo que sea, descubrirá algo análogo en un antepasado. Es aquí donde entra la ciencia espiritual y nos dice lo que puede decir. Hoy daremos sólo un bosquejo de lo que se trata en esta cuestión, apenas un esbozo de los estudios de la ciencia espiritual.

La ciencia espiritual nos dice: Es cierto que el hombre se halla en la corriente que llamamos hereditaria, la corriente de las características heredadas. Pero en el

hombre a todo ello se añade algo distinto que es el núcleo espiritual íntimo del ser humano. Con esta espiritualidad íntima que el hombre trae del mundo espiritual se une lo que los padres y antepasados le pueden dar. Con lo que fluye en la corriente generacional se une algo que no proviene de los padres, ni de los antepasados, algo que procede de otras regiones y que pasa de existencia en existencia. Pero si observamos el desarrollo de una persona desde la infancia, vemos que del núcleo de su naturaleza se desarrolla algo que es fruto de vidas anteriores y que no puede haber heredado de ningún modo de sus antepasados.

Aquello que percibimos en el hombre cuando penetramos en la profundidad de su alma, sólo podemos explicarlo conociendo una gran y abarcante ley, que no es sino la consecuencia de muchas otras leyes naturales. Esta es la ley de las vidas repetidas terrestres y, a su vez, el caso específico de una ley universal general.

Observemos el mineral sin vida, por ejemplo un cristal de roca tiene una forma regular, si se destruye, no deja nada de su forma que pueda pasar a otros cristales de roca. El cristal nuevo no recibe nada de su forma de la anterior forma del cristal. Cuando ascendemos del mundo mineral al vegetal, vemos claramente que una planta no se origina por la misma ley que el cristal. La forma se mantiene y trasciende la nueva especie. Si ascendemos luego al mundo animal, vemos una evolución similar.

El siglo XIX hizo el hallazgo máximo de su época al descubrir esa evolución. Vemos que no sólo se engendra una forma de la otra, sino que también cada animal repite en el vientre de la madre las formas previas, las etapas anteriores de la evolución de sus antepasados. En los animales hay un progreso de la especie, en el hombre no sólo hay un progreso de la especie, o sea una evolución del género, sino una evolución de la individualidad. Lo que el hombre adquiere en el curso de la vida por la educación y la experiencia, no se pierde, como se pierde la cadena de los antecesores en el reino animal.

Vendrá un tiempo en que el núcleo esencial del hombre se reconocerá como proveniente de una existencia anterior. Se reconocerá que el ser humano es el fruto de una existencia precedente. Esta ley correrá una extraña suerte en el mundo. Le pasará lo mismo que a otra ley. Las resistencias que tendrá que experimentar serán vencidas como lo fueron las ideas de los científicos de los siglos pasados, quienes pensaban que un ser viviente podía proceder de otro sin vida. Entre científicos y legos hasta el siglo XVII inclusive, no existía duda alguna de que, de cosas comunes sin vida, se pudiesen engendrar animales primitivos, sí, hasta lombrices y peces podían generarse en el barro de los ríos.

El primero que sostuvo con toda energía que un ser viviente sólo nace de otro ser viviente, fue el investigador italiano Francesco Redi (1627-1697). Demostró que sólo de la vida surge la vida. Esta ley

será el precedente de la que afirma que lo anímico espiritual proviene únicamente de lo anímico espiritual. Redi fue muy atacado por su doctrina y apenas pudo eludir el destino de Giordano Bruno (1548-1600). Hoy ya no está de moda la hoguera; pero el que proclama la verdad de que, por ejemplo, lo anímico espiritual sólo se desarrolla a partir de lo anímico espiritual no será quemado vivo, pero sí tomado por loco en los círculos de la ciencia materialista. No obstante llegará el tiempo en que se pensará que es absurdo creer que el hombre vive una sola vez, y que no exista algo permanente que se une a las características heredadas.

La ciencia espiritual nos enseña que nuestra naturaleza propia confluye con lo que nos da la línea hereditaria. Esta es la otra corriente en que se halla colocado el hombre, y de la cual la ciencia contemporánea no quiere saber nada. La ciencia espiritual nos lleva a la gran verdad de la reencarnación y la ley del karma. Nos muestra que hemos de observar el núcleo íntimo del ser humano como aquello que desciende del mundo espiritual y se une con algo que le da la línea de la herencia, con lo que le pueden dar padre y madre. Nos dice que lo proveniente de la herencia envuelve al núcleo del ser humano como con capas externas. La constitución física, la forma y las cualidades del hombre que pertenecen al mundo externo, hemos de buscarla en los padres y antepasados, pero para entender su ser íntimo tenemos que retroceder hacia algo bien diferente, hacia una vida anterior.

Muy, muy atrás quizás, tenemos que buscar el núcleo espiritual del hombre que estuvo aquí milenios atrás y que a través de milenios volvió siempre de nuevo a la existencia, volvió a vivir cada vez una nueva vida y que ahora, en la existencia actual, se ha unido de nuevo con lo que los padres le puedan dar. De manera que todos los hombres han vivido ya muchas vidas cuando entran en la vida física, y esto no tiene nada que ver con la línea hereditaria. Tendríamos que retroceder muchos siglos para enterarnos de sus vidas anteriores y para saber cuándo pasaron el umbral de la muerte. Una vez pasado el umbral de la muerte, el hombre vive, en otras formas de existencia, en el mundo espiritual.

Luego, cuando llega la hora de vivir una nueva vida en el mundo físico, busca a sus padres. Tenemos que volver al espíritu del hombre y a sus encarnaciones anteriores si queremos explicar su parte anímico-espiritual. Tenemos que retroceder hacia sus encarnaciones pasadas, y a lo que alcanzó para sí en ellas. Lo que trajo de allí, y cómo ha vivido en aquel entonces, son las causas de cuanto el hombre posee hoy como talentos, disposiciones y facultades para esto o aquello. Cada ser humano trae determinadas cualidades intrínsecas de su vida anterior. Hasta cierto límite, trae a la vida determinadas cualidades, ciertos designios. La forma en que se realizó un hecho suscita un efecto reactivo, y se siente rodeado de nueva vida. De encarnaciones anteriores trae el núcleo de su ser, y lo envuelve con lo que le da la herencia.

Tenemos que decir, sin embargo, que el mundo materialista actual no se siente inclinado a reconocer ese núcleo íntimo del ser humano y la idea de la reencarnación es pura fantasía para él. Se la considera poco lógica, y el pensador materialista siempre argumentará que lo que existe en el hombre proviene de la herencia. Con observar a los antepasados encontraríamos según ellos, este o aquel rasgo, esta o aquella propiedad particular, todo se explicaría conociendo a los antepasados. La ciencia espiritual no ignora el hecho, por ejemplo, el talento hereditario en una familia de músicos apoyaría la doctrina de la herencia. Se dice, con referencia a esta ley, que el genio se encuentra sólo excepcionalmente al principio de una generación, sino, que más bien, aparece al final de la línea hereditaria. Esta sería la prueba de que la genialidad se hereda. El razonamiento es el siguiente: alguien tiene una cualidad determinada. es un genio. Luego se estudian sus facultades particulares y se buscan en sus antepasados. En uno de ellos se encuentran vestigios de una cualidad, en otro, señales de otra, por fin se explica cómo todas estas facultades confluyen finalmente en el genio. De ahí se deduce que la genialidad se hereda. ¿Qué demuestra que encontremos los talentos de un genio en un antepasado? Pues, tan sólo que el núcleo esencial del hombre puede explayarse de acuerdo con las propiedades de sus instrumentos corporales. Esto no demuestra en este caso más que: el hecho de que si una persona se cae al agua sale mojada. No es más cuerdo atribuir

importancia especial al hecho de que caer al agua sea salir mojado. Se entiende de por sí, que el ser tome parte del elemento en el que se halla colocado. Que los elementos que fluyen a través de la línea generacional y que le son transmitidos por último a través del padre y la madre al ser particular que desciende del mundo espiritual, lleve en si mismo las cualidades de los antepasados, parece algo bastante comprensible. El hombre se viste con las envolturas que le dan sus antepasados. Lo aducido como prueba serviría más bien para probar lo contrario, pues si la genialidad se heredara, el genio debería situarse al principio de la generación y no al final de la cadena hereditaria. Si pudiera ser demostrado que el genio produce hijos y nietos que heredaron sus dotes geniales, tendríamos la prueba de que la genialidad se hereda. Pero precisamente no es este el caso. La lógica que quiere deducir las cualidades espirituales de la línea ancestral, no llega lejos. Tenemos que inferir las cualidades espirituales de cuanto el hombre trae de encarnaciones anteriores.

Si dirigimos la atención a la corriente que va por la línea directa hereditaria, vemos que el hombre es acogido en una corriente de la existencia que le confiere ciertas cualidades: lo contemplamos ante nosotros con cualidades que le confiere la familia, el pueblo y la raza. Los distintos hijos de un matrimonio tienen todas esas propiedades. Pensando en el verdadero ser de un hombre, tenemos que decir que el núcleo anímico espiritual del mismo nace en un pueblo, con una

raza y en una familia; que se reviste de cuánto le dan los antepasados, pero que a su vez trae sus cualidades puramente individuales. Cabe preguntar ¿cómo se establece una armonía entre el núcleo del ser humano que, quizá siglos atrás adquirió una u otra cualidad, y que ahora debe envolverse en una capa externa que muestra las cualidades de la familia, pueblo, raza, etc.? Lo que trae consigo el ser íntimo del hombre ¿no es algo evidentemente individual?, ¿no lo contradice lo heredado? Ahí surge el gran interrogante: lo que proviene de mundos tan diferentes y tiene que buscarse padre y madre, ¿cómo puede unirse con lo físico-corpóreo, cómo puede revestirse con las características corporales a través de las cuales el hombre pertenece a la línea hereditaria?

Observamos en el hombre que se presenta ante nosotros en el mundo, la confluencia de las dos corrientes mencionadas, por un lado la que viene de su familia, y por el otro la que ha desarrollado desde su más íntimo ser: sus disposiciones, sus propiedades, sus facultades interiores y su destino en el mundo exterior. Entre ambas debe conseguirse un equilibrio. Estas dos corrientes confluyen y todos los hombres se componen de ellas; de manera que el hombre debe adaptarse a la corriente surgida de su ser interior, como también a la que viene por la línea hereditaria. Vemos que la fisonomía muestra en alto grado los rasgos de los antepasados, casi podríamos constituir al hombre de los componentes de aquéllos. Por lo pronto, el núcleo del ser humano no tiene nada

que ver con lo que recibe de la herencia. Debe amoldarse solamente a lo que es más apropiado para él. De ahí podemos comprender que debe existir un eslabón que vincule un ser que quizás ha vivido muchos siglos en un mundo plenamente diferente, cuyo núcleo debe tener una analogía con el mundo inferior, que debe haber un lazo, un algo intermedio, un eslabón entre el real hombre individual y el mundo común donde encuentra su familia, pueblo y raza. Entre ambas, entre lo que traemos de nuestras vidas anteriores y lo que nos imponen la familia, el pueblo y la raza, hay un medio de intercesión, un medio que tiene las cualidades comunes y que es, al mismo tiempo, capaz de ser individualizado. Este medio que se interpone entre la línea hereditaria y lo que representa nuestra individualidad se expresa en la palabra temperamento. En lo que se nos aparece del ser humano como el temperamento tenemos algo en cierta forma como una fisonomía de su más íntima individualidad. Así comprendemos cómo las cualidades del temperamento de una persona matizan las características heredadas en la cadena de las generaciones. El temperamento está en el medio de lo que traemos individualmente y lo que proviene de la línea hereditaria. Ahí donde ambas corrientes se unen, se tiñen la una a la otra recíprocamente. De la misma manera como el azul y el amarillo se hallan reunidos en el verde, así se combinan las dos corrientes en el hombre, y producen el temperamento. El eslabón que media, por un lado, entre todas las cualidades interio-

res que el hombre trae de sus encarnaciones anteriores y por el otro con la línea hereditaria, se conoce como temperamento. Este se interpone entre las cualidades heredadas y lo que el hombre ha adquirido en el núcleo íntimo de su ser. Es como si al descender, el núcleo individual se hubiese envuelto con un matiz espiritual de cuanto lo espera abajo, en la vida terrenal. En la medida en que el núcleo del ser humano pueda adaptarse a esa envoltura coloreada, se tiñe del color que trae el mismo, y del que le brinda la herencia. De aquí irradian lo anímico y las características naturales heredadas. Entre los dos está el temperamento, es decir, entre lo que une al hombre con la línea ancestral y lo que trae de sus encarnaciones anteriores. El temperamento equilibra lo eterno con lo perecedero.

El equilibrio se establece según se relacionen entre sí los distintos miembros de la naturaleza humana. Para entender bien lo que ocurre aquí, tendremos que mirar esa naturaleza humana desde el punto de vista de la ciencia espiritual. Sólo ella nos puede dilucidar el enigma de los temperamentos humanos.

Conocemos el hombre, tal como lo encontramos en la vida, integrado por las dos corrientes, como una entidad formada por cuatro partes constitutivas, a las que solemos llamar los cuatro miembros humanos. Podemos decir entonces que el ser completo del hombre consiste en: cuerpo físico, cuerpo etéreo o de las fuerzas formativas, cuerpo astral y yo.

Lo que los sentidos físicos perciben en el hombre y lo único que el pensamiento materialista reconoce, es un solo miembro de la entidad humana, es decir: el cuerpo físico que el hombre tiene en común con el reino mineral. Las leyes que el hombre tiene en común con la naturaleza física de su entorno, la suma de las leyes físicas y químicas, todo esto forma, para la ciencia espiritual, el cuerpo físico.

Nosotros reconocemos además del cuerpo físico los miembros superiores de la naturaleza humana, que son tan reales y esenciales como aquél. El primer miembro suprasensible que es incorporado y permanece unido toda la vida con el cuerpo físico es el cuerpo etéreo. Sólo en la muerte se separan los dos cuerpos. El cuerpo etéreo o de las fuerzas formativas. (también podríamos llamarlo cuerpo del sistema glandular) no es visible para nuestros ojos físicos, como no son visibles los colores para el ciego. Sin embargo existe, y existe para lo que Goethe llama el ojo del espíritu, de un modo más real todavía que el cuerpo físico, ya que es el formador y constructor del cuerpo físico. Este cuerpo etéreo lucha durante todo el tiempo entre el nacimiento y la muerte contra el decaimiento del cuerpo físico. Cualquier producto mineral, un cristal por ejemplo, está constituido de forma que se mantiene permanentemente por sí mismo, por las fuerzas de su propia sustancia. No ocurre lo mismo con el cuerpo físico de un ser viviente. Las fuerzas físicas obran en él de una manera que destruye la forma de la vida, tal como lo vemos en el

caso de la muerte, cuando las fuerzas físicas descomponen la forma que tuvo la vida. El cuerpo etéreo lucha constantemente para que esto no suceda durante la vida, para que el cuerpo físico no sucumba a las fuerzas y leyes físicas y químicas.

Reconocemos como tercer miembro de la entidad humana al portador de los placeres y sufrimientos, las alegrías y dolores, los apetitos, instintos, pasiones y de todo lo que nos conmueve como sensaciones y representaciones, también aquellas que abarcamos como ideales éticos, etc. A esto lo llamamos el cuerpo astral, o como también podríamos llamarlo: cuerpo del sistema nervioso. La ciencia espiritual lo reconoce como una realidad. Este cuerpo de instintos y apetitos no es para ella una reacción del cuerpo físico, sino una causa. Ella sabe que lo anímico espiritual ha construido el cuerpo físico.

Con esto ya tenemos tres miembros de la entidad humana. El miembro supremo del hombre y el que lo coloca por encima de los seres y lo distingue como coronamiento de la creación en la Tierra es el portador del yo. que le confiere a su vez de manera tan enigmática y al mismo tiempo reveladora, la fuerza de la autoconciencia.

El hombre tiene: el cuerpo físico en común con todo el mundo visible circundante, el cuerpo etérico en común con los vegetales y animales, y el cuerpo astral en común con los animales. El cuarto miembro, el yo, le pertenece a él solamente. Con él se destaca de todas las criaturas visibles. Denominamos este cuarto miembro portador del yo, comprendiendo bajo este nombre todo lo que en la naturaleza capacita al hombre a llamarse así mismo "yo" y adquirir independencia.

Lo que percibimos sólo físicamente, y lo que la razón dependiente de los sentidos puede conocer, no es más que la manifestación de los cuatro miembros de la entidad humana. El yo, es decir el real portador del yo, se expresa en la sangre y su circulación, en este "fluido tan especial", como dice Goethe en el "Fausto". La expresión físico-sensible para el cuerpo astral se encuentra en el hombre, entre otras cosas, en el sistema nervioso. El cuerpo etérico se manifiesta en parte del sistema glandular, y el cuerpo físico, en los órganos sensorios.

Los cuatro miembros pertenecen, como hemos visto, a la entidad humana, de manera que podemos decir que el hombre total consiste en: cuerpo físico, cuerpo etéreo, cuerpo astral y yo. El cuerpo físico, o sea la parte del hombre perceptible para el ojo físico muestra claramente las señales de la herencia, También las cualidades que viven en el cuerpo etéreo, en ese luchador contra el decaimiento del cuerpo físico, pertenecen a la línea hereditaria. El cuerpo astral, en cambio, está más conectado con la intrínseca naturaleza humana y en cuanto nos dirigimos al núcleo más íntimo del ser humano, el verdadero yo, llegamos a lo que va de encarnación en encarnación, y aparece como un mediador interno que irradia sus cuali-

dades esenciales hacia el exterior, donde tienen que buscar conexión. De este modo se adaptan al mundo físico cuando entran en él. Estos cuatro miembros: el yo, el cuerpo astral, el cuerpo etéreo y el cuerpo físico, obran interactuando de las más variadas formas. Siempre obra un miembro sobre el otro. Esta interacción de cuerpo astral y yo, de cuerpo físico y cuerpo etéreo, esta confluencia de las dos corrientes, en la naturaleza humana motivan los temperamentos. De ahí que ellos deben ser algo que depende de la individualidad del hombre, con aquello que se introduce en la línea general de la herencia. Si el hombre no pudiera moldear su ser interior de ese modo, los descendientes serían tan sólo producto de sus antepasados. Y lo que ahí es formado, que actúa individualizando, es la fuerza del temperamento: aquí se devela el misterio del temperamento.

En la naturaleza humana, los distintos miembros actúan también uno con y sobre el otro. Dado que las dos corrientes confluyen en el hombre cuando entra en el mundo físico, se producen asimismo distintas mezclas entre los cuatro miembros esenciales del hombre. Uno, por decirlo así, predomina e impone su matiz.

El temperamento del hombre se forma según los miembros predominantes. El tinte particular de la naturaleza humana, lo que llamamos el verdadero colorido del temperamento, depende de las fuerzas y del poder que tiene un miembro sobre otro. El eterno ser del hombre que va de encarnación en encarnación,

causa, en cada generación nueva, una determinada interacción de los cuatro miembros humanos: yo, cuerpo astral, cuerpo etéreo y cuerpo físico; y según el modo en que. éstos obran entre sí, surge el matiz humano que llamamos temperamento.

Cuando el núcleo del ser humano colorea el cuerpo físico y el etéreo, el resultado ejercerá su efecto sobre cada uno de los cuatro miembros. El modo de ser del hombre depende de si su núcleo esencial obra con más poder sobre el cuerpo físico o si es el cuerpo físico el más poderoso. Según cómo es el hombre, puede influir en uno de sus cuatro miembros, y según obre éste a su vez sobre los otros miembros, se forma el colorido del hombre que llamamos temperamento. Cuando el núcleo del ser humano se dispone para la reencarnación, ésta lo capacita para dar a uno u otro de sus miembros esenciales un excedente en su obrar. Puede infundir un exceso de energía a su yo, pero también puede influir en otros miembros debido a determinadas experiencias tenidas en la encarnación anterior.

Cuando, a causa del destino, el hombre fortaleció su yo de tal manera que éste domina en la naturaleza humana cuádruple ejerciendo el poder sobre los otros miembros, se forma el temperamento colérico. Cuando el hombre cede ante todo a la influencia del cuerpo astral, le atribuimos el temperamento sanguíneo. Cuando el cuerpo etéreo o vital predomina imponiendo su naturaleza en el hombre, se forma el temperamento flemático. Y si en la naturaleza huma-

na predomina el cuerpo físico con sus leyes en él, de modo que el núcleo esencial no es capaz de vencer ciertas durezas en él, se trata de un temperamento melancólico. De acuerdo con la manera en que se mezclan lo eterno con lo perecedero, actúan los miembros entre sí.

También hemos dicho ya cómo se expresan las cuatro miembros en la forma externa del cuerpo físico. Una gran parte de este cuerpo es una expresión inmediata del fundamento físico de la vida. El cuerpo físico como tal, se expresa únicamente en el mismo cuerpo físico, y por esto el cuerpo físico es el que imprime la nota exterior al melancólico.

El sistema glandular representa la expresión física del cuerpo etéreo, lo que vale decir que éste se expresa físicamente en el sistema glandular, y debido a ello el sistema glandular prevalece en el cuerpo físico del flemático. En la parte activa del sistema nervioso se expresa el cuerpo astral; de manera que para el sanguíneo rige preferentemente el sistema nervioso.

La sangre en su circulación, la fuerza pulsante de la sangre, es expresión del verdadero yo. El yo se expresa en la circulación de la sangre, en el efecto predominante de la sangre; se manifiesta sobre todo en la fuerza ígnea, vehemente, de la sangre. Si podemos desarrollar una compresión sutil de la conexión del yo con los demás miembros del hombre, suponiendo que en el hombre el yo ejerce un dominio, un poder especial sobre la vida de los sentimientos y las repre-

sentaciones, es decir sobre el sistema nervioso, y suponiendo que todo en el hombre surja del yo, que todo lo que siente lo hace con vehemencia porque su yo es tan fuerte, estamos ante el temperamento colérico. Todo lo que caracteriza así al yo obrará como cualidad preponderante y debido a ello, el sistema sanguíneo prevalece en el colérico.

El temperamento colérico actúa en la pulsación vigorosa de la sangre. El elemento de fuerza en el hombre proviene de su influencia sobre la sangre. En una persona en la que espiritualmente actúa el yo, y físicamente la sangre, vemos que la fuerza intrínseca mantiene la organización con rigidez y firmeza. En su comportamiento con el mundo exterior querrá hacer valer la fuerza del yo. Esta es la consecuencia del yo. Por lo tanto el colérico se conduce como un hombre que quiere imponer su yo en todas las circunstancias. A la circulación de la sangre se debe lo agresivo del colérico, y todo lo que se relaciona con una voluntad fuerte.

Cuando prevalece el cuerpo astral en el hombre, la expresión física se hallará en las funciones del sistema nervioso, ese instrumento de las sensaciones que van y vienen. La acción del cuerpo astral se realiza en la vida de pensamientos e imágenes, y en consecuencia, un hombre dotado de temperamento sanguíneo tendrá la disposición para desarrollar su vida en las sensaciones y sentimientos fluctuantes, y en las imágenes de la vida representativa.

Tenemos que comprender la relación del cuerpo astral con el yo. El cuerpo astral obra entre el sistema nervioso y el sanguíneo, lo que nos dice bien claro cómo es esa relación. Si sólo existiese el temperamento sanguíneo, si sólo obrase el sistema nervioso, y dominase como expresión del cuerpo astral, el hombre tendría una vida alterada de los sentimientos e ideas, con un caos de imágenes que aparecen y desaparecen. Estaría entregado a un constante vaivén de sensaciones, imágenes y representaciones. Algo de esto se produce cuando predomina el cuerpo astral, es decir, en el sanguíneo que en cierto modo está entregado a las sensaciones e imágenes fluctuantes, puesto que en él sobresalen el sistema nervioso y el cuerpo astral. Lo que no permite que las imágenes se mezclen fantasiosamente son las fuerzas del yo. Sólo porque el yo domina aquella vida fluctuante, nacen armonía y orden. Sin un yo que frenara, continuaría la confusión y no se podría notar que el hombre ejerce algún poder sobre ella.

En la parte física, es la sangre en esencia la que pone límites a la actividad del sistema nervioso. La circulación de la sangre, la sangre que fluye en el hombre es, por decirlo así, lo que pone freno a lo que se expresa en el sistema nervioso, pone riendas a la vida alterada de las sensaciones y sentimientos, es el domador de la vida nerviosa. ¿Qué sucede entonces cuando no está este domador, cuando una persona es anémica, si le faltan glóbulos rojos? Sin entrar en cuestiones psicológicas más sutiles, se puede observar que en el caso de anemia, de falta de glóbulos rojos, la persona se abandona fácilmente al vaivén inmoderado de imágenes fantasiosas, y puede llegar hasta las ilusiones y alucinaciones. Esto nos puede enseñar claramente que la sangre gobierna el sistema nervioso. Debe reinar el equilibrio entre el yo y el cuerpo astral o, hablando fisiológicamente, entre el sistema sanguíneo y el nervioso, para que el hombre no sea esclavo de la vida fluctuante de las sensaciones y sentimientos.

Si el cuerpo astral excede su actuación, si existe un predominio del cuerpo astral y su expresión, si hay un sistema nervioso que la sangre no puede dominar lo suficiente como para establecer el equilibrio, se da el caso particular de que el hombre muestre interés por algo, pero lo pierde enseguida pasando a otra cosa. No puede concentrarse en una cosa. La consecuencia es que se entusiasma fácilmente por lo que ve en el mundo externo, pero no puede retenerlo para que permanezca en su interior. El interés se esfuma tan pronto como despertó. En esta propiedad de entusiasmo súbito y de paso fugaz de un objeto a otro se expresa la astralidad predominante del temperamento sanguíneo. El sanguíneo no puede mantener una impresión mucho tiempo, no puede retener una imagen, no puede concentrar su interés en un objeto. Pasa de una impresión en la vida a otra, va de percepción en percepción, de representación en representación, en fin, él muestra una inconstancia de los sentidos. Esto se observa especialmente en el niño sanguíneo, y

en él nos puede causar real preocupación: el interés se despierta fácilmente, una imagen obra de inmediato, causa una impresión, pero ésta desaparece pronto.

En otras personas predomina sobre todo el cuerpo etéreo o vital, aquello que regula los procesos interiores del crecimiento y de la vida, y lo que es la expresión de ese cuerpo: el sistema que causa bienestar o malestar. Si sucede tal cosa, el hombre se siente tentado directamente a permanecer cómodamente en sí mismo. El cuerpo etéreo es un cuerpo que lleva una especie de vida interna, el cuerpo astral en cambio se caracteriza por su interés dirigido hacia afuera, y el yo es el portador de nuestra voluntad y actividad dirigidas hacia el mundo exterior. Cuando predomina el cuerpo etéreo, el que obra como cuerpo de vida equilibrando las distintas funciones y se manifiesta principalmente en un bienestar general, cuando prevalece la vida interior apoyada en sí misma, esa vida que produce preferentemente el sentimiento de bienestar, entonces puede suceder que el hombre se sienta tan confortable cuando todo va bien en su organismo, que no esté demasiado dispuesto a dirigir su interior hacia afuera, no está muy inclinado a desarrollar una voluntad fuerte. Cuando más confortable se sienta el hombre, tanta más consonancia creará entre lo interno y lo externo. En este caso, y más aún si es un caso excesivo, se trata de un flemático.

Respecto al melancólico, vemos que el cuerpo físico, el miembro más compacto de la entidad humana, gobierna por encima de los otros. El hombre tiene que

dominar su cuerpo físico, así como tiene que dominar una máquina si la quiere usar. Pero si esta parte más densa se vuelve gobernante, el hombre siente que no la puede dominar, que no la sabe manejar. El cuerpo físico es el instrumento que el hombre tiene que manejar mediante los miembros superiores, más ahora es el cuerpo físico quien domina y pone resistencia a los otros cuerpos. El hombre no es capaz de usar su instrumento en pleno, de manera que los otros miembros encuentran obstáculos y se produce una desarmonía entre ellos y el cuerpo físico. Lo que sigue es el aspecto del sistema físico endurecido por exceso de actuación.

El hombre no puede mantener la elasticidad como debería, su interior no tiene poder sobre el sistema físico, se le oponen obstáculos interiores, que se producen porque el hombre tiene que dirigir sus energías a estos obstáculos interiores. Lo que no se puede vencer produce sufrimiento y dolor, y éstos hacen que el hombre no pueda ver el mundo sin inhibición. Esta dependencia es una fuente de aflicción interior, y el hombre la experimenta como dolor y desgano, y se siente siempre con el ánimo decaído. La vida le causa disgusto y pesar. Ciertos pensamientos y representaciones se graban indeleblemente, y él se convierte en una persona introspectiva, en un melancólico. Siempre hay un motivo de pesadumbre. Esa tesitura proviene de la resistencia que el cuerpo físico opone al sentimiento confortable del cuerpo etéreo, a la elasticidad del cuerpo astral y a la firmeza de las decisiones del yo.

El conocimiento sobre la naturaleza de los temperamentos no sólo nos hará comprender muchas cosas en la vida, sino que también nos enseñará a aplicarlas, lo que no supimos hacer antes. ¡Dirijamos la mirada a lo que observamos así en la vida! Aquella mezcla mencionada de los temperamentos puede percibirse claramente en la forma externa que se expresa en la apariencia humana.

Tomemos por ejemplo al colérico que tiene un centro fuerte y firme en su yo. Cuando predomina el yo, el hombre quiere arremeter contra cualquier obstáculo exterior, quiere imponerse. Ese yo es el señor. La conformación humana refleja el estado de la conciencia. El cuerpo físico se forma según su cuerpo etéreo, y éste según el astral. Este último conformaría al hombre de las más diversas maneras, si el yo no pusiera límite al crecimiento con las fuerzas de la sangre, manteniendo el equilibrio entre plenitud y variedad de crecimiento, de manera que el predominio del yo puede frenar el crecimiento. Detiene realmente el crecimiento de los otros miembros, no permite que el cuerpo etéreo y el astral se desarrollen según su propia naturaleza. El temperamento colérico se puede percibir perfectamente por la figura, por todo el aspecto exterior, que revela la verdadera naturaleza energética del hombre del yo cerrado en sí mismo. Es como si en los coléricos el crecimiento hubiera sido detenido. Podríamos encontrar muchos ejemplos, uno de ellos en la historia espiritual, el filósofo Johann Gotlieb Fichte, el alemán colérico

que se caracteriza ya por su apariencia. Es como si hubiera sido frenado en su crecimiento. Con ello revela perfectamente que los otros miembros han sido detenidos por el exceso del yo. No es el cuerpo astral con su elasticidad lo que predomina, sino el yo, el domador y limitador de las fuerzas formativas. Por regla general, estas personas de una voluntad firme no son altas, aunque sí anchas de espaldas, porque el yo pone riendas a la fuerza formativa de una astralidad libre. Otro ejemplo clásico del colérico es Napoleón, el "pequeño general", que quedó tan corto de estatura porque el yo constriñó a los otros miembros de la entidad humana. Es el prototipo del crecimiento constreñido del colérico. Así se puede ver cómo la fuerza del yo obra desde el espíritu, de modo que el ser más íntimo del hombre se manifiesta en su conformación. ¡Observemos la fisonomía del colérico y comparémosla con la del flemático! Cuán difusos son sus rasgos, la forma de su frente no puede atribuirse a un colérico. Hay un órgano en que se evidencia notoriamente si obra en primer lugar el cuerpo astral o el yo. En la mirada firme y segura del colérico se refleja su naturaleza. Por regla general. aquella luz fulgurante del ojo que dirige la mirada con tanta claridad hacia el interior de las cosas va acompañada de ojos muy negros. Esto se debe a cierta ley, según la cual el colérico atrae hacia el interior, mediante su yo, algo que quita el cuerpo astral, la posibilidad de teñir lo que en otros hombres es teñido. Observemos al colérico

también en su modalidad. Quien tiene su poco de práctica puede ver desde atrás si alguien es colérico, por el paso enérgico que lo denuncia. También en la forma en que apoya el pie se nota la fuerza enérgica del yo. El niño colérico, por ejemplo, apoya el pie y da el paso como si quisiera imprimir su huella firmemente en el suelo.

El hombre entero es una expresión de su ser íntimo, que se da a conocer de esa manera. Con esto no se quiere decir que el colérico sea bajo y el sanguíneo alto. Sólo podemos comparar la estatura del hombre con su configuración. Lo importante es precisamente esta proporción.

¡Observemos al sanguíneo! Notemos la mirada especial que se ve ya en el niño sanguíneo. Cuando dirige el ojo a un objeto, lo desvía en seguida. Es una mirada alegre. Alborozo y felicidad brillan en esa mirada que expresa lo que surge de lo profundo de la naturaleza humana: el cuerpo astral movedizo que predomina en el sanguíneo. El cuerpo astral trabaja con su móvil vida en los miembros. También le dará una configuración muy variable. Toda la fisonomía, la figura estable, como los gestos son expresión del cuerpo astral móvil, fluido y volátil. El cuerpo astral del sanguíneo tiene tendencia a formar y plasmar. Lo interno se da a conocer hacia afuera, de ahí que el sanguíneo sea delgado y elástico. En la figura esbelta y en el esqueleto, en las formas de los huesos, se nota toda la movilidad interior del cuerpo astral del hombre. Se expresa, por ejemplo, en los músculos finos. También

se puede ver en la forma de manifestarse exteriormente. Incluso alguien no clarividente puede darse cuenta desde atrás, si camina ante él un colérico o un sanguíneo. Para esto no hace falta ciencia espiritual. Si se ve caminar a un colérico, es como si con cada paso no sólo quisiera pisar fuerte, sino dejar una huella' profunda en el suelo. El paso del sanguíneo, en cambio, es liviano y saltarín. En la manera de caminar brincante y saltante del niño sanguíneo se expresa la gran movilidad del cuerpo astral. El temperamento sanguíneo se descubre sobre todo en la edad infantil. Es. toda una escultura viviente de la naturaleza sanguínea, la que se revela en los rasgos más íntimos. Rasgos bien esculpidos en el colérico; móviles, expresivos y variables en el sanguíneo. Se observa también en el niño sanguíneo cierta facilidad interior para cambiar de fisonomía. Hasta en el color de los ojos se puede reconocer a una persona sanguínea. La interioridad de la naturaleza del yo, esa naturaleza interior cerrada del colérico se manifiesta en el ojo negro de éste. Miremos al sanguíneo, en el cual la naturaleza del yo no está tan fuertemente arraigada, y el cuerpo astral se expone en toda su movilidad: en él descuella el color azul del ojo. Estos ojos azules se relacionan íntimamente con la luz interior del hombre, esa luz invisible del cuerpo astral. Podríamos mencionar así muchas características de la conformación externa que muestran los temperamentos.

Los enigmas anímicos de los temperamentos pueden comprenderse mediante la naturaleza cuádruple

del hombre. Del profundo conocimiento de la naturaleza humana que poseían los antiguos nos ha sido legado el conocimiento de los cuatro temperamentos. Comprendiendo la naturaleza humana de esta manera, y sabiendo que la apariencia externa no es más que una expresión del espíritu, llegamos a comprender al hombre en su conjunto hasta en las apariencias. Lo llegamos a comprender en toda su evolución y podemos saber lo que tenemos que hacer respecto de nosotros mismos o respecto al niño en cuanto al temperamento. El educador debe poner una atención especial en el temperamento que está por desarrollarse. Para una sabiduría, una ciencia de la vida y de la pedagogía, es imprescindible el conocimiento viviente de la naturaleza de los temperamentos. Ambos se enriquecerían enormemente con ello.

También el temperamento flemático se reconoce por la configuración externa. En él predomina, como se dijo, la actividad del cuerpo etéreo, que se manifiesta físicamente en el sistema glandular y anímicamente en el sentimiento de bienestar y en el equilibrio interior. Cuando en el interior del hombre hay algo que no sólo es normal, sino que las fuerzas formativas interiores de la confortabilidad son demasiado activas, sucede que los productos de esta actividad se integran en el organismo físico, y el hombre engorda, se hincha. Las fuerzas formativas interiores actúan sobre todo en la elaboración de las partes grasas, en lo que es gordura en el hombre. En todo esto se expresa el sentimiento mencionado de confortabilidad. Se

comprende fácilmente que es el intercambio deficiente entre lo interior y lo exterior, la causa de la manera desganada de caminar arrastrando los pies del flemático. Su paso no se ajusta al suelo, no se pone en contacto con las cosas. Se nota en toda su persona que no tiene dominio sobre las formas de su interior. El temperamento flemático se expresa en una fisonomía indiferente, estática y en la mirada apagada, incolora. Mientras la mirada del colérico es fogosa, fulgurante, la del flemático refleja la comodidad dirigida sólo hacia adentro, al cuerpo etéreo.

El melancólico es el que no puede dominar bien el cuerpo físico, éste le opone resistencia, y él no sabe usarlo como instrumento. Observando al melancólico, veremos que la mayoría de las veces tiene la cabeza agachada, sin energía para enderezar la nuca. La cabeza inclinada nos dice que fuerzas interiores que la yerguen no pueden desarrollarse en ninguna parte con libertad. No levanta los ojos, y tiene la mirada opaca. Nada del brillo negro del colérico. En la mirada peculiar se ve que el instrumento físico lo. traba. El paso es medido y firme, pero no es el paso enérgico del colérico, sino que muestra una firmeza de algún modo pesada, arrastrada. No podemos entrar aquí en todos los detalles, pero la vida se hace mucho más comprensible cuando trabajamos así, viendo cómo el espíritu penetra obrando en las formas, viendo cómo en la conformación externa del hombre se refleja la expresión de su interior. Vemos cómo la ciencia espiritual puede contribuir de una manera muy impor-

tante en la solución de aquellos enigmas, pero sólo si se incluye la realidad total a la que también pertenece lo espiritual. No estancándose en la realidad sensoria únicamente, puede surgir del conocimiento una gran praxis de la vida, y sólo de la ciencia espiritual puede fluir ese conocimiento, de manera que sea para bien, tanto de la humanidad, como del individuo.

Sabiendo todo esto, podremos aplicarlo. Sobre todo tiene que interesarnos cómo podemos usar el conocimiento de los temperamentos en la educación de los niños. Se debe poner una atención muy especial en el tipo de temperamento. En los niños es realmente importante saber dirigir el temperamento que se está por desarrollar. Pero también más adelante será de mucho valor para la autoeducación del hombre. Quien quiera educarse a sí mismo, debe poner atención a lo que se expresa en su temperamento.

Hemos estudiado los tipos fundamentales, pero se entiende que en la vida nunca se presentan en esta forma esquemática. Cada persona tiene un tipo básico de temperamento, mezclado con otros. Napoleón, por ejemplo, tenía mucho de flemático, aunque fuese colérico. Si queremos dominar la vida de modo práctico, es preciso que podamos dejar actuar en el alma lo que se expresa en lo físico.

La importancia de todo esto se reconoce, especialmente si se piensa que los temperamentos pueden excederse. Esto que hemos individualizado puede exagerar su unilateralidad. ¡Qué sería el mundo sin los

temperamentos! Si toda la gente tuviera el mismo temperamento ¿qué pasaría? Sería lo más aburrido que podamos imaginarnos. Aburrido sería el mundo sin los temperamentos, no sólo en sentido sensorio sino también espiritual. La variedad, la belleza y la riqueza de la vida, no serían posibles sin los temperamentos. Lo. más grandioso de la vida puede surgir de la unicidad de un temperamento, pero igual que éstos, también puede exagerar su singularidad. En el niño esto puede darnos preocupación, porque vemos que el colérico llega hasta la maldad, el sanguíneo hasta la frivolidad, el melancólico hasta la depresión, etc.

El conocimiento y la apreciación de los temperamentos ¿no será de sumo valor para la autoeducación y la educación en general? No deberíamos dejarnos inducir a creer por ello que, el temperamento, por ser una cualidad unilateral, no tenga su verdadero valor. En pedagogía no se trata de equilibrar, de nivelar los temperamentos, sino de conducirlos por el recto camino. Tenemos que saber que el temperamento tiende a la unilateralidad. El melancólico, en un caso extremo llega a la locura, el flemático a la debilidad mental, el sanguíneo al delirio, el colérico a todos esos ataques de ira enfermiza que pueden terminar en furia violenta. Los temperamentos muestran una hermosa variedad porque los polos opuestos se atraen, pero la admiración exagerada por la singularidad unilateral de uno produce daños grandes entre el nacimiento y la muerte. En cada temperamento está el peligro mayor y menor de degeneración. En la juven-

tud del colérico acecha el peligro de que su yo sea moldeado por su naturaleza iracunda; que no sabe gobernar. Este es el peligro menor. El gran peligro es la locura que a través del yo trata de alcanzar su propio objetivo. En el sanguíneo, el peligro menor es la volubilidad, el mayor, que las sensaciones cambiantes degeneren en demencia. Para el flemático, el peligro menor es la indiferencia hacia el mundo externo, el peligro mayor, la idiotez. El temperamento melancólico tiene el peligro menor de la depresión, la incapacidad de controlar lo que surge en el alma, el peligro mayor es la locura.

De todo lo que hemos visto podemos comprender cuán importante y necesaria para la práctica de la vida es la tarea de educar y guiar los temperamentos. Es importante para el educador preguntarse ¿qué harías en el caso de un niño sanguíneo, por ejemplo? El conocimiento de la naturaleza del temperamento nos enseñará cómo debemos comportarnos en este caso. Entre otros aspectos correspondientes a la educación del niño, también se debe tener en cuenta lo particular del temperamento. Pero para guiarnos no hay que olvidar el principio fundamental, es decir, se debe contar siempre con lo que hay, y nunca con lo que no hay.

Supongamos que se trate de un niño sanguíneo, que en seguida cae en la volubilidad y falta de interés para las cosas importantes, pero también se interesa rápidamente por otras. El niño sanguíneo es el que comprende las cosas con facilidad, pero las olvida al

instante. Es difícil mantener su interés en algo, justamente porque es un interés que pasa rápidamente de un objeto a otro. Esto puede desembocar en una temible unilateralidad, pero si ahondamos profundamente en la naturaleza humana, se advierte el peligro. Alguien que piense de manera materialista, vendrá inmediatamente con la receta, y dirá: Si quieres educar a un niño sanguíneo, tienes que ponerlo en contacto mutuo con otros chicos. Pero una persona que piensa en sentido real dirá: Quien intente obrar sobre las fuerzas que el niño no tiene, no logrará nada. Es inútil que se esfuerce por suscitar los otros miembros de la naturaleza humana, pues apenas si actúan sobre él. Si un niño tiene temperamento sanguíneo, no podremos ayudar a su desarrollo queriendo despertar su interés por la fuerza. No podremos inculcarle nada que no esté en su temperamento sanguíneo. No debemos preguntarnos: ¿Qué le falta a este niño? ¿Qué hay que inculcarle por la fuerza? Al contrario, debemos preguntarnos: ¿Qué es lo que posee en general el niño sanguíneo? Y con esto debernos contar. Entonces nos diremos: aunque deseemos inculcar al niño una cualidad opuesta a su temperamento, no cambiaremos con ello las cualidades en sí. Pues, con respecto a estas cosas fundamentales de la naturaleza intrínseca del hombre, debemos estar seguros de que sólo se pueden moldear, de tal modo que no nos basamos en lo que el niño no tiene, sino en lo que tiene. Trabajamos sobre la naturaleza sanguínea, sobre la movilidad del cuerpo astral, y no tratamos de impo-

nerle forzosamente lo que pertenece a otro miembro de la naturaleza humana. En un sanguíneo que se vuelve unilateral, tenemos que dirigirnos a él, apelando a su propio temperamento.

Para encontrar la forma de conducta justa en el trato con el niño sanguíneo, tenemos que observarlo cuidadosamente, y quién tenga verdadera experiencia de estas cosas notará que, por más sanguíneo que sea un niño, habrá algo que le interese. Todo niño sanguíneo tiene interés verdadero por algo. Es fácil despertar en él un interés cualquiera, pero lo pierde al poco rato. Sin embargo, habrá un interés permanente aún para el niño sanguíneo. Esto nos lo enseña la praxis, sólo hay que saber encontrarlo. Y una vez que se haya encontrado, esto que le interesa especialmente, debemos tenerlo presente. Para que su temperamento tienda hacia algo que no le resulte indiferente tenemos que guiarlo con insistencia especial hacia el objeto que tiene la virtud de atraerlo. Se le mostrará bajo una luz especial lo que para él es un pasa tiempo predilecto. Tiene que aprender a aplicar su sanguinidad. Podremos trabajar partiendo ante todo de las fuerzas que el niño tiene, y que siempre se manifiestan. Ni el castigo, ni el "sermón" suscitarán en él un interés duradero. Objetos y acontecimientos le despertarán interés fugaz. Pero una persona especialmente adecuada para él —y lo enseñará la experiencia— le inspirará un interés duradero, por más voluble que el niño sea, si somos esa persona adecuada, o si la sabemos encontrar, el interés

nacerá por sí. Hay que buscar esa persona. Unicamente por amor hacia ella nacerá el interés en el niño sanguíneo. Pero una vez encendido este interés, este amor, hacia una persona, el amor puede producir milagros. Así se podrá curar el temperamento unilateral. El niño sanguíneo necesita mucho más amor que cualquier otro temperamento. Hay que hacer todo lo posible para despertar el amor en el niño. La palabra mágica es amor. Por este camino del afecto a una determinada persona tenemos que conducir la educación del niño sanguíneo. Los padres y los educadores tienen que entender que al niño no se le puede inculcar por la fuerza un interés permanente por las cosas. Para lograr su propósito deben obtener su afecto. El tiene que desarrollar un afecto personal hacia' una persona, hay que hacerse merecedor de su cariño. esta es la misión frente al niño sanguíneo. Depende del educador que el niño aprenda a amarlo.

Como añadidura, se puede organizar la educación apoyándola en la naturaleza sanguínea del niño mismo. Vimos que esta naturaleza sanguínea se expresa en la incapacidad de desarrollar un interés que dure. Por consiguiente tenemos que buscar algo en su entorno, tenemos que acercarle cosas por las que hemos notado que el niño muestra un interés más profundo. Tratemos entonces de ocuparlo, en determinados espacios de tiempo, con objetos en los que un interés pasajero es justificado y en los que puede explayar su temperamento sanguíneo, porque no

merecen mayor interés. Tenemos que dejar que esas cosas hablen al niño, que obren sobre él. Después se las sacamos para que las vuelva a pedir. Entonces se las volvemos a dar. Deben obrar sobre él como obran sobre su temperamento los objetos del mundo externo. Es importante que, para el niño sanguíneo, elijamos objetos ante los cuales pueda desarrollar su temperamento sanguíneo.

Si apelamos a lo que existe realmente y no a lo que falta, veremos —y la práctica lo demostrará— que cuando la energía sanguínea se torna unilateral se deja concentrar efectivamente en los asuntos importantes. Se logra como por rodeos. Si es bueno educar el temperamento en la infancia, a menudo es el adulto mismo quien necesita reformarlo. Será entonces a él a quien corresponda la autoeducación. Mientras los temperamentos permanecen dentro de sus límites dan belleza, variedad y magnitud a la vida. ¡Qué árida sería la vida si todos los hombres tuvieran el mismo temperamento! Para equilibrar la unilateralidad de los temperamentos, sin embargo, el hombre tiene que encargarse de su autoeducación, a veces en edad ya avanzada. Tampoco en este caso uno puede inculcarse a la fuerza un interés permanente por una cosa cualquiera, sino decirse: Soy un sanguíneo, ahora busco cosas que no me interesan demasiado en la vida, que podría pasar por alto, y ante las que se justifica la indiferencia. Me ocuparé precisamente de cosas frente a las cuales tengo todo el derecho de perder el interés al poco tiempo.

Supongamos que una persona tema que el temperamento colérico se manifieste en su hijo de modo unilateral. Aquí no debe emplearse el mismo método que con el hijo sanguíneo. Al colérico no lo es fácil demostrar su amor por una persona. La comunicación de alma con alma debe buscarse por otra vía, pero indirectamente será posible guiar también la evolución del niño colérico. En este caso la panacea se llama respeto y aprecio de una autoridad. Para el niño colérico debemos ser, en su sentido más alto, dignos de su aprecio y respeto. No se trata de hacerse simpático por las cualidades personales, como en el caso del niño sanguíneo. Aquí todo depende de que el niño pueda creer que el educador sabe lo que hace. Tenemos que demostrar que entendemos las cosas que ocurren en torno al niño, y no fallar nunca en esto. Debemos tratar de que el niño nunca sienta que somos incapaces de darle respaldo, y de aconsejarlo en lo que tiene que hacer. Tenemos que tener firmes las riendas de la autoridad, nunca mostrarnos incapaces de un consejo. El niño debe creer siempre que el educador sabe. Apenas ocurra lo contrario, se estará perdido. Si el amor por una persona es la palabra mágica en el caso del niño sanguíneo, el respeto y la apreciación del valor de una persona, es la palabra mágica en el caso del colérico.

Para educar al niño colérico, se debe cuidar también de que se desenvuelvan ante todo sus grandes fuerzas internas. Es preciso que conozca las dificultades que puede presentar la vida exterior. Cuando el

temperamento colérico quiera predominar, habrá que buscar para su educación objetivos difíciles de vencer, llamando de este modo su atención hacia las dificultades de la vida. Hay que introducir en su camino elementos que le pongan obstáculos. El colérico necesita en su camino resistencia, dificultad, no hay que hacerle la vida muy fácil. Hay que crear obstáculos para que su temperamento no quede constreñido, para que pueda expandirse por medio de las dificultades que debe vencer. El colérico no se reforma con castigos o amonestaciones, sino proporcionándole los elementos sobre los cuales probar su fuerza, y respecto de los cuales se justifica la expansión de su temperamento. Por necesidad intrínseca, el niño colérico debe aprender a luchar contra el mundo objetivo. Debemos ordenar su entorno de manera que él pueda explayar su temperamento venciendo obstáculos. Lo mejor será que pueda hacerlo contra elementos insignificantes, que le cuesten un esfuerzo enorme para liberar sus energías superfluas. En realidad, empero, los obstáculos deben ser tales que lo venzan, quebrantando su fuerza. Esto le infunde un respeto profundo por el poder de las cosas que se oponen a la vida de su temperamento colérico.

Existe también otra forma indirecta de educar al niño colérico. Para despertar su respeto y aprecio, es preciso ante todo que lo enfrentemos, de modo de merecer su estima demostrando que sabemos vencer los obstáculos que él todavía no puede superar. En el niño debe surgir la veneración, el respeto por lo que

el educador es capaz de hacer, por lo que él logra frente a las dificultades que presentan las cosas. Este es el verdadero remedio: el respeto por la aptitud del educador, este ese el camino para acercarnos al niño en la educación.

También la educación del niño melancólico presenta grandes dificultades. ¿Qué debemos hacer cuando notamos con espanto que se inclina hacia un temperamento melancólico exclusivo, dado que no podemos injertarle algo que no posee? Tenemos que contar con la fuerza que tiene para aferrarse a los obstáculos y buscar resistencia. Si queremos guiar estas particularidades por el recto camino, tenemos que conducir esa fuerza del interior al exterior. Hay que poner especial ahínco en no intentar aliviarlo de sus penas y dolores, al notar su disposición a estos y a esa introversión, debidos a que su instrumento físico lo traba. Tenemos que partir de lo que existe. Tenemos que cultivar lo existente. Para el educador será esencial otorgar valor al hecho de mostrar al niño que hay sufrimiento en el mundo. Si nos queremos acercar a él como educadores, tenemos que volver a encontrar el punto de vinculación. El niño melancólico está dispuesto al dolor, está facultado para sentir dolor, desgano; esta facultad está profundamente arraigada en su interior, no se la sacaremos con palizas, pero podemos derivarla.

También aquí hay una manera de proceder. Al niño melancólico hay que mostrarle ante todo cómo el hombre tiene que sufrir. Hagámosle conocer un ver-

dadero dolor, un pesar justificado en la vida externa, para que vea que existen cosas que pueden causarle dolor. Esto es lo importante. Si lo queremos divertir, lo encasillamos en su propio ser. No debe creerse que tratando de alegrarlo, de aliviarlo, lo ayudaremos. No hay que distraerlo porque de ese modo su melancolía, su dolor, se endurece. Si se lo lleva a un lugar de diversión, se encerrará cada vez más en sí mismo. Un niño melancólico no se cura rodeándolo de alegría, sino haciéndole sentir un dolor justificado. Lo mejor es distraerlo mostrándole que existe el sufrimiento. Debe saber que en la vida hay cosas que producen dolor. Naturalmente, no debemos proceder con exageración, pero es esencial que se suscite en él pesadumbre por las cosas del mundo exterior. Esto lo distraerá de su propio dolor.

El niño melancólico no se deja manejar fácilmente, pero también aquí existe el remedio mágico. Como para el niño sanguíneo la palabra mágica es el amor por una persona, y en el colérico el aprecio y la estima de su educador, en el melancólico es la persona probada por la vida, la persona que actúa y habla con la experiencia propia de una vida de muchas adversidades. El niño tiene que sentir que el educador ha sufrido realmente. Las experiencias propias del maestro o educador deben dejarse entrever en todas las circunstancias del vaivén de la vida. Lo mejor para el melancólico es crecer al lado de una persona que tiene mucho que decir por haber pasado por experiencias difíciles: esto obra de una manera sumamente benéfica de alma a alma. Cuando el niño melancólico crece al lado de una persona que sabe hablar del sufrimiento y el dolor que le han deparado el mundo exterior, mientras que en él, sentimientos infantiles de tristeza y pesar surgen tan sólo en su interior, entonces la compasión por este dolor justificado lo endereza y anima. Una persona en cuyas palabras se manifiesta que ha sido probada por el destino tiene real influencia benéfica sobre el niño melancólico.

También, en lo que preparemos para el niño en el mundo circundante, debemos respetar sus inclinaciones. Por más raro que suene, es conveniente que le preparemos obstáculos, trabas, para que pueda experimentar dolores y sufrimientos justificados. La mejor educación de un niño melancólico es desviar su disposición innata para la tristeza y aflicción, de manera que se dirija a las dificultades del mundo exterior. El alma del niño entrará así poco a poco en otras vías.

Todas estas sugerencias sirven también para la autoeducación: no hay que reprimir las disposiciones y aptitudes existentes con artificios, sino dejar que tomen su curso. Si el temperamento colérico, por ejemplo, es tan fuerte en nosotros que nos causa serios inconvenientes, permitamos que se desenvuelva libremente, buscando cosas insignificantes que no conducen a nada, pero contra las cuales se estrella nuestra energía sobrecargada. Al melancólico en cambio le conviene buscar dolor y sufrimientos justificados, porque le dan oportunidad de aplicar su melancolía en el mundo exterior, con esto se equilibra.

Pasemos al temperamento flemático. Si nos toca la tarea de educar a un niño flemático, tropezaremos con serios problemas, porque es muy difícil lograr una influencia sobre un flemático. Pero existe un camino indirecto. Cometeríamos un grave error si tratáramos de sacudirlo de su comodidad, creyendo que podemos inculcarle algún interés. También aquí tenemos que contar con lo que hay en él.

Hay algo, especialmente en el niño flemático, que le queda grabado. Si con una educación sabia ordenamos su entorno conforme a sus necesidades, lograremos mucho. Si el niño en general necesita compañeros de juego, tanto más lo necesita el niño flemático. Le hace falta compañeros con intereses múltiples. En él mismo no encontraremos nada que nos responda. Tampoco se interesará fácilmente por un objeto o un acontecimiento; pero rodeándolo de niños de su edad puede ser educado por medio de la convivencia con los intereses —y cuantos más mejor— de sus compañeros. Si se mantiene indiferente al mundo que lo rodea, podemos agilizar su interés por la influencia de los intereses de sus amiguitos. Sólo por esta inducción sugestiva de los intereses ajenos será posible inflamar su interés personal. Para la educación del flemático tenemos que recurrir a la influencia de su entorno, haciéndolo compartir los intereses de sus compañeros de juego para sacarlo de su letargo. En el melancólico, en cambio, valen la convivencia y compasión por el destino de otros. Una vez más: el estímulo producido por los intereses ajenos es el medio

correcto para el flemático. Como el sanguíneo necesita el cariño hacia una persona, el flemático necesita de la amistad y el contacto con la mayor cantidad posible de chicos de su edad. Este es el único camino para despertar la fuerza que duerme en él. Ninguna cosa impresiona al niño flemático. Con ninguna tarea de la escuela o de la casa podremos interesarlo, sólo lograremos nuestro propósito indirectamente, mediante los intereses de las almas de su misma edad. Cuando las cosas se reflejan en otra alma, esos intereses vuelven a reflejarse en el alma del niño flemático.

Procuremos también rodearlo de objetos y hacerle presenciar hechos frente a los cuales su flema sea justificada. Con esto podemos obtener resultados magníficos en el niño. También cuando el adulto note que la flema se vuelve relevante, le convendrá poner atención en los hombres circundantes y en sus intereses para su autoeducación. Y si aún es capaz de usar su razón y su inteligencia, podrá hacer algo más: elegir objetos y ocasiones de tan poco interés que tiene todo el derecho de ser flemático.

Con todo esto volvemos a comprobar que el método pedagógico basado en la ciencia espiritual cuenta con lo que vive en cada persona, y no con algo que no existe.

Podemos decir por lo tanto que lo mejor para el sanguíneo es la dirección de una mano enérgica, y que una persona le pueda mostrar, por todo su comportamiento ante el mundo exterior, que es digna

del amor personal del educando. Amor hacia una personalidad es lo mejor para un sanguíneo. No sólo amor, sino respeto y estimación por lo que una persona es capaz de hacer, es lo mejor para el colérico. Para el melancólico será una suerte crecer conducido por la mano de alguien que tiene un destino acerbo. En la distancia correspondiente, que resulta de la nueva visión, en la compasión naciente con la autoridad, y en el compartir el destino doloroso y la pena justificada, encontramos aquello que el melancólico necesita. Pues para su desarrollo no hacen falta la estima y el respeto por la capacidad de una persona, ni el afecto por alguien, sino la compasión por el sufrimiento y por el verdadero destino doloroso. El flemático es una persona a la cual nos podemos acercar del mejor modo, cuando le inspiramos atención para los intereses de otras personalidades, y la posibilidad de despertar él mismo por los intereses de los otros.

- El sanguíneo debe aprender a desarrollar amor y fidelidad hacia una persona.
- El colérico debe aprender a desarrollar estima y respeto por las capacidades del educador.
- El melancólico debe aprender a desarrollar un corazón compasivo por el destino del otro.
- Al flemático se le debe hacer descubrir que los intereses ajenos son una ventaja para él.

Estos principios de la educación nos muestran cómo la ciencia espiritual actúa en las cuestiones prácticas de la vida. Justamente cuando se trata de los aspectos íntimos de la vida, vemos la praxis, la faz eminentemente práctica de la ciencia espiritual.

El arte de vivir ganaría infinitamente si se adquiriesen conocimientos realistas por medio de la ciencia espiritual. Si queremos arreglarnos en la vida. tenemos que adentrarnos en sus misterios. Estos están detrás del mundo sensible. Unicamente la verdadera ciencia espiritual puede dilucidar e investigar algo así como los temperamentos humanos, de modo que puedan servir al bien y a la real bendición de la vida, tanto para una vida joven, como para una adulta. Con la ayuda del conocimiento de los temperamentos, el hombre puede tomar en sus manos su autoeducación. La razón nos dice: nuestro temperamento sanguíneo nos hace muchas jugadas y amenaza con desbordarse en un modo de vida irresoluto, giramos continuamente de una cosa a otra. Para controlar esta tendencia hay que elegir los caminos correctos. El sanguíneo no llegará a la meta diciendo: tengo un temperamento sanguíneo, debo sacarme esta costumbre. La razón. aplicada así directamente puede desembocar en un obstáculo, en cambio podrá lograr mucho por el camino indirecto. La razón es la fuerza anímica más débil, y consigue muy poco confrontada con fuerzas anímicas más potentes, como son los temperamentos. Sólo puede actuar indirectamente. Por más que el hombre se

reconvenga a sí mismo: concéntrate por una vez en algo —su temperamento sanguíneo siempre volvería a jugarle una mala pasada. Solamente puede contar con una fuerza que posea realmente. Detrás de la razón deben existir otras fuerzas. ¿Puede el sanguíneo contar con algo más que su temperamento sanguíneo? También para la autoeducación es necesario que se trate de hacer realmente lo que la razón podría hacer directamente. El hombre tiene que contar con su temperamento sanguíneo: las auto-represiones no sirven para nada. Lo que importa es aplicar la disposición sanguínea ahí donde corresponde aplicarla. Hay que tratar de no mostrar interés por ciertas cosas que a uno le interesan. Nuestra razón nos puede brindar experiencias en las cuales se justifica el interés pasajero del sanguíneo. El debe buscar deliberadamente situaciones que le traen cosas que no le interesan y cuantas más mejor. Cuando podamos crear condiciones, aunque insignificantes, en que se justifica el interés pasajero, notaremos cómo producen efectos; insistiendo en estos ejercicios veremos que este temperamento sanguíneo adquiere fuerzas que lo transforman.

Asimismo, se puede curar al colérico observando la cuestión desde el ángulo de la ciencia espiritual. Para el temperamento colérico conviene elegir objetos, o crear situaciones con la ayuda del raciocinio, en las cuales es inútil que rabiemos, donde nuestra furia llega al absurdo. Cuando el colérico nota que su agitación interior necesita desahogo, tiene que buscar en

lo posible situaciones exteriores fáciles de manejar, y tratar de gastar sus energías de modo más vehemente en acontecimientos y hechos de poco alcance. Si busca algo insignificante que no le opone resistencia podrá encauzar su temperamento colérico unilateral por buen camino.

Al darnos cuenta de que la melancolía nos quiere vencer procuraremos crear obstáculos exteriores justificados, con la voluntad de emprenderlos íntimamente. De esta manera desviaremos nuestro interior hacia el dolor y nuestra tristeza hacia objetos que están fuera de nosotros. La razón está capacitada para hacerlo. El temperamento melancólico no debe pasar con indiferencia al lado de los dolores y los sufrimientos, sino que tiene que buscarlos, tiene que compartirlos para que su dolor propio sea desviado hacia las cosas y circunstancias legítimas.

Para el flemático, que no concede atención a nada, conviene que se ocupe mejor de asuntos de poco interés y que se rodee con toda clase de cosas que le aburran. Cuanto más se aburra mejor, de esta manera se curará a fondo de su flema, se sacará del todo el hábito flemático. Al flemático le sienta bien elegir con su raciocinio cosas indignas de atención. Tiene que buscar tareas que justifiquen su flema, y permitan que le dé rienda suelta. De esta manera vencerá la flema incluso cuando amenace con proliferar desmesuradamente.

De este modo contamos siempre con lo que existe, y no con lo que no existe. Quienes se tienen por rea-

listas, creen por ejemplo, que lo mejor para el melancólico es procurarle lo contrario a su temperamento, pero quien piense verdaderamente en forma realista apela a lo que ya existe en él.

Así ven ustedes que la ciencia espiritual no nos quiere abstraer de la vida real, sino que paso a paso iluminará nuestro camino hacia la verdad, nos enseñará a poner atención en lo real y verdadero de la vida. Fantasiosos son los hombres que permanecen adheridos a las apariencias sensibles externas. Tenemos que penetrar más profundamente, si queremos llegar a la realidad. Adquiriremos comprensión para la gran variedad de la vida si nos adentramos en estos estudios.

Nuestro sentido práctico se individualizará cada vez más, si no nos vemos precisados a usar una receta general del tipo de: ¡No debes curar la volubilidad con la seriedad! En su lugar preguntaremos ¿cómo son esas cualidades que tenemos que avivar en el hombre? Si este es el enigma máximo de la vida, y si abrigamos la esperanza de que se nos solucione este enigma humano, tenemos que recurrir a la ciencia espiritual, que es la única que lo puede resolver. No sólo el ser humano en general es un enigma, sino que cada individuo que encontramos en la vida, cada nuevo ser, nos ofrece un nuevo enigma, el que, por supuesto, no podemos descifrar con nuestro pensamiento racional. Tenemos que dirigirnos a la individualidad, donde la ciencia espiritual puede obrar desde el núcleo más íntimo de nuestro ser; podemos

hacer de la ciencia espiritual el impulso máximo de nuestra vida. Mientras esta ciencia sea tan sólo teoría, no tiene valor alguno. Debe ser aplicada a la vida de los hombres. El camino es posible, pero también es largo. Se ilumina cuando conduce a la realidad, nuestras ideas se transforman y nos damos cuenta de ello, las cogniciones se transmutan. Es un prejuicio creer que los conocimientos tienen que permanecer abstractos, puesto que entrando en lo espiritual, compenetran todo el trabajo de nuestra vida, y la vida misma. Nos enfrentamos con ella teniendo conocimientos acerca de la individualidad, que penetran y se expresan en las sensaciones y sentimientos, e inspiran estima y respeto. Es cierto que los patrones no ofrecen dificultad al conocimiento, y también es fácil pensar que la vida se puede conducir según un molde, pero la vida no se deja manejar así. Aquí sólo puede intervenir el conocimiento que se transforma en un sentir, en el tacto que se necesita para tratar con la individualidad en todos los aspectos de la vida. Un conocimiento espiritual concienzudo inspirará nuestro sentir de tal modo que podremos obtener un juicio correcto del enigma que nos ofrece cada persona particular.

¿Cómo resolvemos este enigma que nos presenta el hombre individual? Lo resolveremos al ponernos en contacto con él de manera que surja armonía entre ambos. Si nos compenetramos así, se podrá develar para nosotros el enigma fundamental que presenta cada hombre particular. No se develará con ideas y

nociones abstractas. El enigma humano en general sólo se revela en imágenes y nunca por conceptos y razonamientos abstractos; sino que tenemos que enfrentarnos a cada individualidad en particular, mostrándole una verdadera comprensión. Mas esto se logra únicamente si sabemos lo que vive en el fondo del alma. La ciencia espiritual es algo que se infiltra lenta y paulatinamente en toda nuestra alma, de manera que no sólo hace que el alma se sensibilice para las conexiones más grandes sino también para los detalles más sutiles. En la ciencia espiritual ocurre que, cuando un alma se encuentra frente a otra que pide amor, se lo brinda. Si exige otra cosa, también se lo dará. Una sabiduría verdadera de la vida como ésta, crea fundamentos sociales. Esto significa solucionar enigmas a cada instante. La antroposofía no obra ni por prédicas y sermones morales, ni por buenos consejos, sino creando una base social en la que el hombre puede conocer al hombre.

La ciencia espiritual es verdaderamente el principio fundamental de la vida. Y el amor es flor y fruto de una vida inspirada por la ciencia espiritual. De allí que ella pueda decir que cimenta la base para lo más hermoso del designio humano: el amor, verdadero, legítimo. La ciencia espiritual nos debería enseñar el arte de vivir en nuestra conducta frente a los hombres, en nuestro sentir fraternal, en la manera en que nos acercamos a ellos. Si dejáramos afluir vida y amor a nuestro sentir y percibir, la vida humana se convertiría en una expresión hermosa de los frutos de la ciencia espiritual.

Mediante la ciencia espiritual llegamos a conocer al hombre individual en todos sus aspectos. Ya al niño podemos comprenderlo verdaderamente, si aprendemos paso a paso a valorar y respetar el enigma de la individualidad, su particularidad, y aprendemos también cómo tenemos que tratar en la vida la naturaleza individual, puesto que la ciencia espiritual no nos da sólo directivas racionales generales, sino las pautas de cómo nuestro comportamiento con los hombres puede llegar a solventar los enigmas que hay que solucionar: Amemos al hombre tal como debemos amarlo, no lo estudiemos sólo con el frío raciocinio, dejemos que él obre en nosotros, y dejemos que nuestros conocimientos de la ciencia espiritual pongan alas y calor a nuestros sentimientos y a nuestro amor, esta es la verdadera base para el verdadero, fructífero y legítimo amor humano. Es el fundamento también, que nos enseña a conocer lo que tenemos que buscar como verdadero núcleo humano de la naturaleza humana, en cada ser humano en particular. Y si nos compenetramos de conocimiento espiritual, se regulará nuestra vida social de modo que cada uno de nosotros aprenderá a ordenar su comportamiento para con su semejante, enfrentando con estima, respeto y comprensión, el enigma del hombre. Sólo quien ve desde un principio en abstracciones puede hablar de conceptos insípidos, pero quien aspira a un conocimiento verdadero, lo hallará y hallará también el camino hacia otro hombre, encontrará la solución del enigma del otro, en su propia conducta y comportamiento.

Solucionamos el enigma individual en nuestra actitud frente a los otros. No encontramos el núcleo esencial del otro sin una concepción de la vida que surge del espíritu. La ciencia espiritual debe ser para nosotros una praxis, enteramente vida, y no seca teoría.

Estas son cogniciones que pueden obrar, compenetrando al hombre hasta en las últimas fibras, pueden dominar todo el hacer en la vida. Estas reflexiones acerca de las cualidades particulares íntimas del hombre, los temperamentos, nos mostraron en especial cómo la ciencia espiritual se convierte en el real arte de vivir. Lo más bello nace de hombre a hombre, cuando lo miramos a los ojos, y no sólo sabemos solucionar el enigma, sino que sabemos amar: el amor fluye de individualidad a individualidad. La ciencia espiritual no necesita pruebas teóricas, las pruebas las aporta la vida. El investigador espiritual sabe que para todo se puede aducir un pro y un contra, que todo se puede objetar. Las pruebas reales, empero, son las que trae la vida, y la vida sólo podrá mostrar paso a paso la verdad de lo que pensamos, cuando miramos al hombre con el conocimiento espiritual, porque esta verdad es un conocer armónico, vital y ferviente que penetra en los misterios más profundos de la existencia.

OTRAS OBRAS DE RUDOLF STEINER

EL APOCALIPSIS.
Significado de las revelaciones de San Juan.
El Apocalipsis, la obra profética de San Juan, es sin duda alguna el documento más enigmático que posee la cultura occidental; en ella se describe en un lenguaje de imágenes grandiosas y trascendentales, el futuro de la Tierra y de la humanidad; imágenes referidas a sucesos por venir, que atravesará la humanidad para alcanzar el grado de conciencia y elevación espiritual hasta ocupar el rango que, como hombres nos está reservado entre los seres espirituales que habitan nuestro universo. Es por tanto el Apocalipsis una obra que no se deja interpretar en base a especulaciones que surgen del actual pensar científico-cultural.

LA HISTORIA OCULTA.
Observaciones esotéricas de las relaciones kármicas de personalidades y acontecimientos históricos.
Seis conferencias pronunciadas entre diciembre de 1910 y enero de 1911. Contenido: La insuficiencia de la observación histórica tradicional. La intervención de fuerzas superiores suprasensibles mediante la acción de la Doncella de Orleáns. La modificación del curso de las encarnaciones debida a la intervención de fuerzas espirituales de jerarquías superiores. El reascenso a culturas clarividentes en la época actual. Las relaciones entre las distintas personalidades históricas y los hilos individuales de toda la evolución de la humanidad. El helenismo y su preparación en la cultura babilónica y los misterios prehistóricos.

CLARIVIDENCIA ANTIGUA Y MODERNA.
El Movimiento Oculto del Siglo XIX y su relación con la cultura mundial.
Contenido: Clarividencia y pensar. El simbolismo de las escuelas de iniciados. La puesta en escena del mediumnismo y del espiritismo.

Fines específicos de ciertas órdenes secretas. El materialismo del siglo XIX. El verdadero origen del atomismo. La desvirtuación de la doctrina de la octava esfera y de la Luna por Sinnet y s Blavatsky y los trasfondos de esta desvirtuación. La octava esfera. Los peligros de extraviarse cuando se entra en los mundos espirituales. Clarividencia antigua y moderna. La finalidad del trabajo con símbolos en las órdenes secretas. El hombre de la época lemuriana y atlante y sus maestros, las entidades lunares.

LA VIDA ENTRE LA MUERTE Y EL NUEVO NACIMIENTO.

La existencia del alma en sus relaciones con el Cosmos.

Cuando los hombres poseían todavía una vaga clarividencia y evocaban su vida pasada, podían alcanzar retrospectivamente el momento de su nacimiento, teniendo conciencia de que. al nacer, habían salido del seno de lo espiritual, de la Divinidad. No consideraban que el nacimiento fuera un principio y sabían que en ellos existía un espíritu que la Muerte no podía tocar. El hombre, al observar la Muerte vio cómo, en apariencia, destruía la Vida; y entonces la muerte se convirtió para el hombre en el símbolo opuesto a la vida. R. S. ***Contenido***: La necesidad de descubrir la verdad, base de los estudios de la Ciencia Espiritual. El despertar de la conciencia del yo en el niño. La Ciencia Espiritual, puente entre los vivos y los muertos. Sueño y vigilia. La misión de Buda. El Misterio del Santo Grial. Los fenómenos del crecimiento en el ser humano. Los secretos de la existencia encerrados en el ser humano. El pasaje consciente o inconsciente del alma a través de los mundos superiores después de la muerte. Grados de la vida en el Kamaloka y en la región del Mundo Anímico hasta la Esfera Solar.

REENCARNACIÓN Y KARMA

Su significado para la cultura actual.

La reencarnación y el karma: dos cuestiones fundamentales para el hombre de nuestro tiempo, son tratados en profundidad en esta obra. Rudolf Steiner explica cómo, sin poseer facultades clarividentes, se puede llega actualmente a la certeza de vidas anteriores y advierte sobre la responsabilidad de incorporar este conocimiento en nuestros días, lo que permitirá una nueva actitud frente a los acontecimientos que se desarrollarán en el futuro.

ATLÁNTIDA Y LEMURIA

La vida en los continentes desaparecidos de la Atlántida y la Lemuria.

Para quien logra la facultad de percibir el mundo espiritual tras la apariencia sensible, "La Crónica del Akasha" se presenta como la gran memoria del Universo; en ella se hallan registrados todos los acontecimientos pasados. El investigador espiritual extrae de esta Crónica sus descripciones de modo semejante a una persona que, dotada de sus sentidos, puede describir los hechos que se desarrollan en torno suyo en el mundo material. Desde su investigación en "La Crónica de Akasha", Rudolf Steiner nos describe el pasado de nuestra propia historia, con relatos vívidos y trascendentales de épocas arcaicas de nuestra civilización.

LA BÚSQUEDA DEL SANTO GRIAL.

Cristo y el mundo espiritual.

El misterio del Santo Grial fue divulgado en la Europa del medioevo. Los hechos relacionados con su manifestación sobre la tierra y su posterior desaparición hacia las regiones de Preste Juan, hacen que el Santo Grial sea uno de los misterios más profundos del cristianismo. ***Contenido***: La teología de Pablo. La divina Sofía. Profetas y Sibilas en la obra de Miguel Angel. Los mitos de Attis y Adonis como preanunciadores del misterio del Gólgota. Juan Bautista, reencarnación de Elías. Parsifal y el Grial. El Sagrado Cáliz. La reaparición de la escritura de las estrellas en el secreto de Parsifal. El aspecto estelar y el aspecto humano del Grial.

OTRAS OBRAS DE EDUCACIÓN WALDORF

La educación del niño
RUDOLF STEINER

El estudio del hombre como base de la pedagogía
RUDOLF STEINER

Metodología y didáctica
RUDOLF STEINER

Primer septenio
RUDOLF STEINER

Segundo septenio
RUDOLF STEINER

Educar hoy al niño temeroso triste o alegre
HENNING KÖHLER

Educar hoy - desafío para padres y maestros
C. Clouder / M. Rawson

Jardín de Infantes
HELLE HECKMANN

Des-cifrar- la matemática en la escuela I A. Reinhardt

Etapas evolutivas del niño
BERNARD Lievegoed

Los tres primeros años
KARL KÖNIG

Interpretando el dibujo de los niños
AUDREY MC ALLEN

El SANGUINEO debe aprender a desarrollar amor y fidelidad hacia una persona

El COLERICO debe aprender a desarrollar estima y respeto por las capacidades del educador

El MELANCOLICO debe aprender a desarrollar un corazón compasivo por el destino del otro

Al FLEMATICO se le debe hacer descubrir que los intereses ajenos son una ventaja para él

ANTROPOSOFICA

ISBN 950-99043-0-9

9 789509 904309